



ALFONSO REYES

1889 - 1959

ALFONSO REYES

IN MEMORIAM

Una pérdida, por muchos motivos irreparable, hemos padecido con la muerte de Alfonso Reyes.

Cierto es que nos queda su obra, tan vasta y tan valiosa. Su obra que aun no conocemos íntegra porque ahora, al morir su autor, todavía están varios libros nuevos en proceso de edición y otros, más tarde, habrán de entrar a prensas.

Esa obra está lejos de poder ser juzgada de manera completa e idónea, a pesar de que se llenarían volúmenes con lo que sobre Alfonso Reyes se ha escrito ya; tal vez transcurra mucho tiempo sin que pueda tenerse un juicio total y adecuado de ella. No creo que fuera el mayor escollo la extensión, o sea el número de sus libros, con ser muy considerable y mayor que la de cualquiera de los escritores mexicanos en los cuatro siglos de nuestra literatura escrita; pienso que el máximo obstáculo va a presentarse por las muy graves dificultades que ofrece la rica diversidad de esa obra.

Porque será muy probable que acontezca que el crítico capaz de juzgar las aportaciones de Reyes al estudio de las letras castellanas, digamos *Cuestiones Gongorinas*, *Capítulos de Literatura Española*, *Letras de Nueva España*, etc., se detenga ante los múltiples libros en que el mismo autor examina, revisa y recrea los temas griegos, cual sucede en *La crítica en la Edad Ateniense*, *Junta de Sombras*, *la Mitología* aun inédita y tantos más, o bien que el competente helenista, conocedor de fuentes y tratadistas, que juzgue los libros citados, acaso no sea

igualmente hábil o preparado para hacer otro tanto con las ideas sobre México y América que guardan la preciosa *Visión de Anáhuac*, *La X en la frente*, *Ultima Tule* y muchísimos otros ensayos, conferencias y demás; pienso que quien aprecie y explique los valores de *El plano oblicuo* y de todos los ágiles cuentos y relatos literarios de Reyes, tal vez no se atreva a pronunciarse sobre los rigurosos problemas de teoría y de técnica de la literatura que entrañan *El deslinde*, *La experiencia literaria* y estudios similares; es probable que quien enfoque la vasta obra lírica de Alfonso Reyes, desde los primigenios sonetos de 1905 y la glosa a la "Amapolita morada..." hasta los sonoros alejandrinos en que puso su hermosa versión de parte de la *Iliada*, no pueda el mismo crítico acometer el estudio de las muchas notas y referencias, a veces ricamente documentales, en las que Reyes dejó constancia de su larga vida diplomática, y tal vez suceda que quien guste y sienta el interés vital e histórico que hay en *Parentalia*, *Pasado inmediato* y en tantos artículos de memorias y autobiografía, no sea competente para aquilatar las aportaciones y críticas de Reyes o sus traducciones y estudios de Chesterton, Shaw, Mallarmé y tantos otros escritores, antiguos y modernos, de literaturas extranjeras.

Muy lejos están los renglones precedentes de ser, ni la mínima enumeración de las modalidades literarias cultivadas por Alfonso Reyes, pero tal vez sirvan para atisbar la gran variedad, como antes dije, la rica diversidad de su obra, que sin duda dificultará la valoración cuidadosa que merece.

Con obra mucho menor, otros escritores considerarían su misión bien cumplida. Alfonso Reyes mantenía otro punto de vista: para él no era cuestión de más ni de menos, porque para él escribir era la tarea diaria que habría de hacer hasta el fin de sus días, y así fue. El decía, escribo como respiro; siendo el escribir una manera de expresarse y de comunicarse, lo era indudablemente para Reyes pero, al mismo tiempo, le era algo más personal y propio, algo consubstancial a sí mismo; escribía como respiraba, sin esfuerzo ni trabajo, pero también con el consciente goce de cumplir con su más acendrada vocación, llamado que oyó pronto y que siguió siempre con íntegra fidelidad.

Hace diez años y medio, cuando cumplió los sesenta de su edad, puestos algunos amigos y discípulos de común acuerdo, le sorprendimos reuniéndonos en su casa, en su biblioteca, aquella tarde del 17 de mayo de 1949 y cada uno, a modo de ofrenda, unos en verso y otros en prosa,

le espetamos alguna composición, con festivas felicitaciones. Don Alfonso, muy poco después, nos dio las gracias en unos octasílabos, graciosa parodia del monólogo de Segismundo, allí comienza preguntándose el por qué de nuestras felicitaciones y concluye atribuyéndolas al único motivo que le parece plausible: la fidelidad con que él ha seguido su vocación de escritor a través de toda su vida. Muchas veces, en diversas ocasiones, insistió en ello con sobrada razón.

Fue Reyes un gran escritor, pero no solamente eso fue. Cuando, para celebrar el cincuentenario de su primera producción publicada, hace cinco años se compiló en su honor un *Libro Jubilar*, yo quise contribuir señalando otro aspecto suyo, el de maestro.

Allí dije como, en 1941, él creo un Seminario de Investigaciones Literarias, al que me invitó honrándome con ser su Profesor Ayudante, con lo que tuve la fortuna de tratarlo más de cerca y de ingresar, de su mano, al cuerpo docente de la Facultad de Filosofía y Letras. Pero lo importante, aquí, es destacar que algo de lo que ha podido hacerse, en algunas cátedras, en pro de la enseñanza y del estímulo de la investigación, en el campo de las letras, se debe en buena parte a la semilla sembrada por Alfonso Reyes y por él cultivada, primero directamente y luego por medio del consejo certero y la guía eficaz, que nunca escatimó a quienes acudimos a él, repetidamente, en demanda de tales ayudas.

Por lo demás, es fácil ver (al menos en ojeada superficial pues el examen profundo sí es tarea ardua), cuánto hay, en los libros de Reyes, acerca de investigación, valoración y enseñanza de los valores culturales de México, muy especialmente de nuestra literatura. Desde *Los "Poemas rústicos" de Manuel José Othón*, estudio redactado en 1910, hasta el artículo necrológico, tan breve pero tan evocador, dedicado a Genaro Fernández Mac Gregor, publicado el 24 de diciembre de 1959 (tres días antes de que el mismo Reyes muriese), entre aquella conferencia y estas últimas líneas corrió medio siglo en el cual creo que no se encontrará un año en el que Alfonso Reyes no haya escrito artículos, notas, estudios diversos sobre las letras, el arte, la cultura de nuestra patria, sobre temas del ser de México, en sí mismo y ante los demás, en su historia y en su presente.

Ahora, a toda esa gigantesca obra de ensayista, de poeta, de crítico, de narrador, de traductor, de investigador, de tantas múltiples facetas, a esa obra admirablemente prolífica, la muerte ha puesto un punto final.

Como el arroyo que sigue fluyendo por cierto espacio aun cortado del venero original, durante cierto lapso nuevas obras continuarán saliendo a luz, nuevos libros de Alfonso Reyes van a ser publicados este año y quién sabe cuantos volúmenes de sus *Obras completas* tendrán que salir de prensas, poco a poco, pero sabemos que la fuente de todo ello se ha extinguido ya.

Grave pesadumbre es tal certeza.

Muchos lo han dicho y me complace repetirlo: Alfonso Reyes fue el más pleno y cabal humanista que han visto nuestros días. En ningún contemporáneo ha sido tanta verdad, como en Reyes, el conocido verso de Terencio, desde luego con más hondura y sentido infinitamente mayores que la superficial afirmación del Cremes de la comedia. Todo lo humano le fue propio, con hondo sentido vital y con lúcida intelección a un tiempo mismo y, para ventura nuestra, de todo dejó testimonio vivo, inteligente y brillante en sus magníficas páginas.

Feliz suerte es que tal hombre haya dejado tan grande obra. Pero ni eso puede consolarnos a quienes tuvimos el privilegio de tratarlo, que fuimos muchos porque él quería ser amigo de todos. La ausencia del maestro, del consejero, del amigo ¡qué pérdida definitiva y desoladora!

En estas cuantas páginas he hablado en forma personal, porque no habría podido hacerlo de otro modo, pero claro es que no he querido expresar, solamente, un sentimiento particular y exclusivo. Igual sentimiento y semejantes conceptos son los de todos los miembros de este Instituto, cuyo Director me ha encomendado participar a los lectores de estos Anales (por eso mismos colegas y amigos), la profunda pena de todos nosotros por la ausencia definitiva de Alfonso Reyes.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS.

México, enero de 1960.